

Abeto

En el bosque se alzaba un maravilloso abetito. Su lugar era bueno, tenía aire y luz de sobra; alrededor crecían compañeras mayores, tanto abetos como pinos. Al abetito le ardía el deseo de crecer pronto; no pensaba ni en el cálido sol, ni en el aire fresco, ni le importaban los charlatanes niños campesinos que recogían por el bosque fresas y frambuesas; tras llenar sus cestitas o ensartar las bayas, como cuentas, en finas varitas, se sentaban bajo el abetito a descansar y siempre decían:

—¡Qué abetito tan magnífico! ¡Bonito y pequeño! El arbolito ni siquiera quería oír tales palabras.

Pasó un año, y al abetito le salió un nuevo nudo; pasó otro año, le salió otro más; así, por el número de nudos, puede saberse cuántos años tiene un árbol.

—¡Ay, si yo fuera tan grande como los demás árboles! —suspiraba el abetito—. ¡Entonces también yo extendería ampliamente mis ramas, levantaría alto la cabeza, y podría ver muy, muy lejos a mi alrededor! Los pájaros anidarían en mis ramas, y yo, con el viento, asentiría con la cabeza tan importantemente como los demás.

Y ni el sol, ni el canto de los pajarillos, ni las rosadas nubes del amanecer y del atardecer le proporcionaban el menor placer.

Llegó el invierno; la tierra estaba cubierta por una alfombra de nieve centelleante; sobre la nieve, de vez en cuando, corría una liebre y a veces incluso saltaba por encima del abetito: ¡qué ofensa! Pero pasaron otros dos inviernos, y para el tercero el arbolito había crecido ya lo suficiente como para que la liebre tuviera que rodearlo.

«Sí, crecer, crecer y convertirse pronto en un árbol grande y viejo: ¿qué puede haber mejor que esto?» pensaba el abetito.

Cada otoño aparecían en el bosque leñadores y talaban los árboles más grandes. El abetito temblaba cada vez de miedo al ver caer al suelo con estruendo y crujido aquellos enormes árboles. Les quitaban las ramas, y quedaban tendidos en el suelo, tan desnudos, largos y delgados. Apenas podían reconocerse. Luego los cargaban en trineos y los sacaban del bosque.

¿Adónde? ¿Por qué?

En primavera, cuando llegaron las golondrinas y las cigüeñas, el arbolito les preguntó:

—¿Sabéis adónde se llevaron aquellos árboles? ¿No los habéis encontrado? Las golondrinas no sabían nada, pero una de las cigüeñas reflexionó, movió la cabeza y dijo:

—Sí, quizás. Encontré en el mar, de camino desde Egipto, muchos barcos nuevos con magníficos mástiles altos. Olían a abeto y a pino. ¡Allí están!

—¡Ay, ojalá creciera yo también pronto y pudiera zarpar hacia el mar! ¿Cómo es ese mar, a qué se parece?

—Bueno, eso es largo de contar —respondió la cigüeña y echó a volar.

—¡Alégrate de tu juventud! —decían los rayos del sol al abetito—. ¡Alégrate de tu crecimiento sano, de tu juventud y de tus fuerzas vitales!

Y el viento besaba al árbol, el rocío derramaba sobre él lágrimas, pero el abeto no valoraba nada de eso.

Poco antes de Navidad talaron varios abetos muy jóvenes; algunos eran incluso más pequeños que nuestro abetito, que tanto deseaba crecer pronto. Todos los arbolitos talados eran preciosísimos; no les quitaron las ramas, sino que directamente los cargaron en trineos y los sacaron del bosque.

—¿Adónde? —preguntó el abeto—. No son más grandes que yo, uno incluso es más pequeño. ¿Y por qué les dejaron todas las ramas? ¿Adónde los llevan?

—¡Lo sabemos! ¡Lo sabemos! —gorjearon los gorriones—. ¡Estuvimos en la ciudad y miramos por las ventanas! ¡Sabemos adónde los llevan! ¡Llegarán a tal honor que no puede decirse! ¡Miramos por las ventanas y lo vimos! Los colocan en medio de una habitación cálida y los adornan con cosas maravillosísimas: manzanas doradas, panes de miel y miles de velas.

—¿Y después? —preguntó el abeto, temblando con todas sus ramas—. ¿Y después? ¿Qué fue de ellos después?

—¡Más no vimos nada! ¡Pero fue incomparable!

—¡Quizás yo también siga un camino tan brillante! —se alegró el abeto—. ¡Esto es mejor que navegar por el mar! ¡Ay, simplemente me consumo de añoranza e impaciencia! ¡Ojalá llegara pronto la Navidad! Ahora ya soy tan alto y extendido como los que talaron el año pasado. ¡Ay, si ya estuviera yo sobre el trineo! ¡Ay, si ya estuviera yo, adornado con todas esas maravillas, en una habitación cálida! ¿Y

después qué? Después, seguro que será aún mejor, ¡si no, para qué adornarme!... ¿Pero qué exactamente? ¡Ay, cómo anhelo y ansío salir de aquí! Simplemente ni yo mismo sé qué me pasa.

—¡Alégrate con nosotros! —le dijeron el aire y la luz solar—. ¡Alégrate de tu juventud y de la libertad del bosque!

Pero ella ni pensaba en alegrarse, sino que seguía creciendo y creciendo. Tanto en invierno como en verano permaneció con su vestido verde, y todos los que la veían decían: «¡Qué arbolito tan maravilloso!» Finalmente llegó la Navidad, y al abetito lo talaron primero. Un dolor ardiente y la añoranza no le permitieron ni pensar en la futura felicidad; era triste despedirse del bosque natal, de aquel rincón donde había crecido: pues sabía que nunca más volvería a ver a sus queridas compañeras, los abetos y los pinos, los arbustos, las flores, y quizás incluso los pajarillos. ¡Qué pesado, qué triste!...

El arbolito volvió en sí solo cuando se encontró junto con otros árboles en el patio y oyó cerca de sí una voz:

—¡Un abeto maravilloso! ¡Justo uno así es lo que necesitamos!

Aparecieron dos sirvientes elegantemente vestidos, tomaron el abeto y lo llevaron a un salón enorme y magnífico. En las paredes colgaban retratos, y sobre una gran estufa de azulejos había jarrones chinos con leones en las tapas; por todas partes había dispuestos sillones balancines, sofás de seda y grandes mesas llenas de álbumes, libros y juguetes por valor de varios cientos de dól原因os, al menos eso decían los niños. Plantaron el abeto en una gran maceta con arena, envolvieron la maceta con tela verde y la colocaron sobre una alfombra multicolor. ¡Cómo temblaba el abetito! ¿Qué ocurriría ahora? Llegaron sirvientes y jóvenes doncellas y comenzaron a adornarlo. De las ramas colgaron pequeñas redes llenas de dulces, recortadas en papel de colores, manzanas y nueces doradas, y se balanceaban muñecas, igual que personitas vivas; tales cosas el abeto aún no había visto. Finalmente sujetaron a las ramas cientos de pequeñas velas de colores, y en la misma punta del abeto, una gran estrella de oro batido. ¡Simplemente los ojos se deslumbraban al contemplar todo aquel esplendor!

—¡Cómo brillará, cómo resplandecerá el abeto esta noche, cuando enciendan las velas! —dijeron todos.

«¡Ay! —pensó el abeto—, ¡ojalá llegara pronto la noche y encendieran las velas! ¿Y qué ocurrirá después? ¿No vendrán aquí desde el bosque otros árboles para admirarme? ¿No volarán los gorriones hasta las ventanas? ¿O quizás echaré raíces

en esta maceta y permaneceré aquí, tan adornado, todo el invierno y todo el verano?»

Sí, ¡cuánto sabía!... Por la tensa espera incluso le dolió la corteza, y esto para un árbol es tan desagradable como para nosotros un dolor de cabeza.

Pero finalmente encendieron las velas. ¡Qué brillo, qué lujo! El abeto tembló con todas sus ramas, una de las velas chamuscó las agujas verdes, y el abetito se quemó dolorosamente.

—¡Ay, ay! —gritaron las señoritas y apagaron rápidamente el fuego. El abeto ya no se atrevió a temblar más. ¡Y qué asustado quedó! Especialmente porque temía perder aunque fuera la más mínima de sus adornos. Pero todo aquel brillo simplemente lo aturdía... De repente ambas hojas de la puerta se abrieron de par en par, y irrumpió toda una multitud de niños; podía pensarse que pretendían derribar el árbol. Tras ellos entraron pausadamente los mayores. Los pequeños se detuvieron como clavados, pero solo por un minuto, y luego se armó tal ruido y alboroto que simplemente zumbaban los oídos. Los niños bailaban alrededor del abeto, y poco a poco todos los regalos fueron arrancados de él.

«¿Qué están haciendo! —pensaba el abeto—. ¿Qué significa esto?» Las velas se consumieron, las apagaron, y permitieron a los niños despojar al árbol. ¡Cómo se lanzaron sobre él! ¡Solo crujían las ramas! Si el abeto no hubiera estado firmemente atado por la punta, con la estrella dorada, al techo, lo habrían derribado.

Luego los niños volvieron a bailar, sin soltar de sus manos sus maravillosos juguetes. Nadie miraba ya al abeto, excepto una vieja niñera, y aun ella solo buscaba si quedaba alguna manzana o dátil entre las ramas.

—¡Un cuento! ¡Un cuento! —gritaron los niños y acercaron al abeto a un señorcito pequeño y regordete.

Él se sentó bajo el árbol y dijo:

—¡Pues ya estamos en el bosque! Y el abeto, por cierto, escuchará. ¡Pero contaré solo un cuento! ¿Cuál queréis: sobre Ivede-Avede o sobre Klumpe-Dumpe, quien, aunque cayó de la escalera, aun así llegó al honor y consiguió una princesa?

—¡Sobre Ivede-Avede! —gritaron unos.

—¡Sobre Klumpe-Dumpe! —gritaban otros.

Se alzaron gritos y ruido; solo el abeto permanecía quieto y pensaba: «¿Acaso yo no tengo ya nada más que hacer?»

¡Ya había hecho su tarea!

Y el señorcito regordete contó la historia de Klumpe-Dumpe, quien, aunque cayó de la escalera, aun así llegó al honor

y consiguió una princesa.

Los niños aplaudieron y gritaron: «¡Más, más!». Querían oír también la historia de Ivede-Avede, pero se quedaron solo con Klumpe-Dumpe.

El abeto permanecía quieto y pensativo: los pájaros del bosque nunca habían contado nada semejante. «¡Klumpe-Dumpe cayó de la escalera y aun así obtuvo una princesa! Sí, eso es lo que ocurre en este mundo», pensaba el abeto; creía plenamente todo lo que acababa de escuchar, pues lo había relatado un señor tan respetable. «Sí, sí, ¡quién sabe! Quizás también a mí me toque caer de una escalera y luego también a mí me toque una princesa». Y pensaba con alegría en el día siguiente: volverían a adornarlo con velas, juguetes, oro y frutas. «Mañana ya no temblaré», pensaba. «Quiero disfrutar debidamente de mi esplendor. Y mañana volveré a oír el cuento de Klumpe-Dumpe, y quizás también el de Ivede-Avede». Y el arbolito permaneció quieto toda la noche, soñando con el día siguiente.

Por la mañana llegaron el criado y la doncella. «¡Ahora volverán a adornarme!», pensó el abeto; pero lo sacaron de la habitación, lo arrastraron escaleras abajo y lo empujaron al rincón más oscuro del desván, adonde ni siquiera penetraba la luz del día.

«¿Qué significa esto?», se preguntaba el abeto. «¿Qué tengo que hacer aquí? ¿Qué veré y oiré aquí?». Y se apoyó contra la pared y siguió pensando, pensando... Tenía tiempo de sobra para ello: pasaban días y noches y nadie venía a verlo. Solo una vez llegaron unas personas para colocar unas cajas en el desván. El árbol estaba completamente apartado y parecía que se habían olvidado de él.

«¡Es invierno fuera!», pensaba el abeto. «La tierra está dura y cubierta de nieve: no pueden, pues, volver a plantarme en la tierra, así que debo permanecer bajo techo hasta la primavera. ¡Qué idea tan inteligente! ¡Qué buenas son las personas! Si tan solo no estuviera aquí tan oscuro y tan terriblemente vacío... ¡Ni siquiera hay un solo conejillo!... ¡Y qué alegre era en el bosque! Todo alrededor nevado, y sobre la nieve saltan los conejillos. Era hermoso... Incluso cuando saltaban sobre mí, aunque eso me enfadara. ¡Pero aquí qué vacío!».

—¡Pi-pi! —chilló de repente un ratoncillo y salió corriendo de su agujero; detrás de él, varios más. Comenzaron a olfatear el árbol y a deslizarse entre sus ramas.

—¡Hace terriblemente frío aquí! —dijeron los ratoncillos—. ¡Pero por lo demás estaría muy bien! ¿Verdad, viejo abeto?

—¡No soy viejo en absoluto! —respondió el abeto—. Hay muchos árboles más viejos que yo.

—¿De dónde vienes y qué sabes? —preguntaron los ratoncillos; eran terriblemente curiosos—. Cuéntanos dónde está el mejor lugar de la tierra. ¿Has estado allí? ¿Has estado alguna vez en la despensa, donde en las estanterías hay quesos y bajo el techo cuelgan jamones, y donde se puede bailar sobre velas de sebo? Entrás allí flaco y sales gordo.

—No, no conozco un lugar así —dijo el árbol—. Pero conozco el bosque, donde brilla el sol y cantan los pajarillos.

Y les contó su juventud; los ratoncillos nunca habían oído nada semejante, escucharon el relato del abeto y luego dijeron:

—Cuánto has visto. ¡Qué feliz has sido!

—¿Feliz? —dijo el abeto y se quedó pensativo en aquel tiempo del que acababa de hablar—. Sí, quizás entonces no me iba mal.

Luego les contó aquella noche en que fue adornado con pan de jengibre y velas.

—¡Oh! —dijeron los ratoncillos—. ¡Qué feliz has sido, viejo abeto!

—¡No soy viejo en absoluto! —replicó el abeto—. Me trajeron del bosque solo este invierno. ¡Estoy en plena flor de la vida! ¡Acabo de comenzar a crecer!

—¡Qué maravillosamente cuentas! —dijeron los ratoncillos, y la noche siguiente trajeron consigo a otros cuatro, que también necesitaban escuchar los relatos del abeto. Y cuanto más contaba el abeto, más claramente recordaba su pasado, y le parecía haber vivido muchos días buenos.

—¡Pero volverán! ¡Volverán! Y Klumpe-Dumpe cayó de la escalera, y aun así obtuvo una princesa. ¡Quizás también a mí me toque una princesa!

Al decir esto, el árbol recordó una linda abedulita que crecía en la espesura del bosque, no lejos de él; le parecía una verdadera princesa.

—¿Quién es ese Klumpe-Dumpe? —preguntaron los ratoncillos, y el abeto les contó todo el cuento; lo recordaba palabra por palabra. Los ratoncillos, de puro contento, casi saltaron hasta la punta del árbol. La noche siguiente llegaron varios ratones más, y el domingo incluso vinieron dos ratas. A estas no les gustó nada el cuento,

lo cual entristeció mucho a los ratoncillos, pero ahora tampoco ellos admiraban ya el cuento como antes.

—¿Solo sabéis esa única historia? —preguntaron las ratas.

—¡Solo esa! —respondió el abeto—. La escuché en la noche más feliz de mi vida; aunque entonces, por cierto, aún no era consciente de ello.

—Una historia sumamente lamentable. ¿No sabéis nada acerca de grasa o velas de sebo? ¿De la despensa?

—¡No! —respondió el árbol.

—Entonces, ¡que tengáis buen provecho! —dijeron las ratas y se marcharon. Los ratoncillos también huyeron, y el abeto suspiró:

—Sin embargo, fue agradable cuando aquellos vivaces ratoncillos se sentaban a mi alrededor y escuchaban mis relatos. Ahora también eso ha terminado... Pero ahora no dejaré escapar mi oportunidad; me alegraré debidamente cuando finalmente vuelva a salir a la luz del mundo.

¡Esto no ocurrió tan pronto!

Una mañana llegaron unas personas para limpiar el desván. Sacaron las cajas y, tras ellas, al abeto. Primero lo arrojaron bastante bruscamente al suelo, luego el criado lo arrastró escaleras abajo.

«Bueno, ahora comenzará para mí una nueva vida», pensó el abeto.

Entonces lo acarició el aire fresco, brilló un rayo de sol: el abeto se encontró en el patio. Todo sucedió tan rápido, había tantas cosas nuevas e interesantes a su alrededor, que ni siquiera tuvo tiempo de mirarse a sí mismo. El patio lindaba con el jardín; en el jardín todo verdeaba y florecía. Por encima de la cerca se inclinaban rosas frescas y fragantes, los tilos estaban cubiertos de flores, las golondrinas volaban de un lado a otro y gorjeaban:

—¡Cuir-cuir-vit! ¡Mi marido ha vuelto! Pero esto no iba dirigido al abeto.

—¡Ahora también yo viviré! —se alegraba el abeto y extendió sus ramas. ¡Ay, cómo se habían marchitado y amarilleado!

El árbol yacía en un rincón del patio, sobre ortigas y malas hierbas; en su copa todavía brillaba la estrella dorada.

En el patio jugaban alegremente aquellos mismos niños que habían saltado y bailado alrededor del abeto adornado en Nochebuena. El más pequeño vio el árbol y le arrancó la estrella.

—¡Mirad qué ha quedado en este feo y viejo abeto! —dijo, y pisoteó sus ramas; las ramas crujieron.

El abeto miró la joven y floreciente vida a su alrededor, luego se miró a sí mismo y deseó volver a su oscuro rincón en el desván.

Recordó su juventud, el bosque, la alegre Nochebuena y los ratoncillos, que escuchaban con alegría el cuento de Klumpe-Dumpe...

—¡Todo ha pasado, ha pasado! —dijo el pobre árbol—. ¡Ojalá me hubiera alegrado mientras era tiempo! Y ahora... todo ha pasado, ha pasado.

Llegó el criado y cortó el abeto en pedazos; salió un manojo entero de astillas. ¡Qué maravillosamente ardieron bajo la gran caldera! El árbol suspiraba profunda, profundamente, y esos suspiros parecían débiles disparos. Corrieron los niños, se sentaron frente al fuego y acogían cada disparo con un alegre «¡pif! ¡paf!». Y el abeto, lanzando pesados suspiros, recordaba los claros días de verano y las noches estrelladas de invierno en el bosque, la alegre Nochebuena y el cuento de Klumpe-Dumpe, el único cuento que había escuchado... Así se consumió por completo.

Los niños volvieron a jugar en el patio; el más pequeño llevaba en el pecho aquella misma estrella dorada que había adornado al abeto en la noche más feliz de su vida. Ahora él había pasado, se había sumido en la eternidad; al abeto también le llegó el fin, y con él, el de nuestra historia. Fin, fin. ¡Todo en este mundo tiene su fin!